

Los nahuatlismos del *Diccionario* académico

J u a n M . L o p e B l a n c h
Universidad Nacional Autónoma
de México

En el Diccionario de la Lengua Española de la RAE (edición de 1992) se recogen más de 400 nahuatlismos, algunos de los cuales son enteramente inusitados en el español mexicano de nuestro tiempo.

Faltan, en cambio, más de 100 voces de origen nahua que sí se emplean actualmente en el habla mexicana. De un lado, 80 nahuatlismos de más frecuente empleo que muchos de los que el DRAE registra, y de otras 34 voces derivadas de lexemas nahuas que sí recoge el diccionario académico, aunque desechando sus derivados.

Se hace un estudio o comentario de las más importantes de esas voces (etimología, significados, vitalidad de su empleo, etc.) y se plantea la conveniencia de que la Real Academia Española les dé cabida en el diccionario "oficial" de la lengua española. Se trata de palabras muy usuales en el español mexicano, como chapulín, tencua(che), mixiote, huisache, matatena, huapango, huitlacoche, tepetate, tatemar, peyote, quelite, etc.

En un hermoso trabajo publicado recientemente en la revista *Español Actual*¹, la profesora Esther Hernández ha reunido y analizado “las 440 entradas de origen nahua [del *DRAE*], por lo que el corpus de los nahuatlismos... supone el 0,437 por ciento, si tenemos presentes los 100.554 registros de su edición electrónica”².

No me ha dejado de sorprender un tanto el elevado número y alta proporción que alcanza el léxico de origen nahua en ese *Diccionario*. Mi sorpresa se debe a que el número de voces amerindias usuales actualmente en el español de la ciudad de México superaba apenas –de acuerdo con una amplia investigación dirigida por mí en el Colegio de México hace algunos años– los tres centenares de vocablos (312, precisamente), correspondientes a solo 237 lexemas³. Me sorprende aún más ese hecho, dados los requisitos y las restricciones que pone la Real Academia para dar entrada en su *Diccionario* a voces nuevas o de peregrina procedencia. Y mi sorpresa ha aumentado al advertir que, entre esos 440 nahuatlismos, faltan no pocos que sí son usuales en el español mexicano actual y que, por consiguiente, no quedaron registrados en el librito a que acabo de hacer referencia.

Tratando de explicarme las causas de ese elevado caudal de nahuatlismos reunidos en el *DRAE*, he pensado en la posibilidad de que algunos de ellos se hayan incrustado en el lexicón académico sin poseer verdaderos méritos propios para hacerse dignos de tan alta distinción... Pero no voy a ocuparme aquí de revisar tal posibilidad –que dejaré para otra ocasión menos perentoria–, sino que dedicaré estas páginas, con que rindo cordial homenaje a mi excelente amigo Ambrosio Rabanales, a señalar cuáles nahuatlismos, que sí viven, con mayor o menor energía, en el español mexicano de nuestro tiempo, no han sido incorporados aún al *DRAE*. Y lo haré agrupándolos en diversas secciones, de acuerdo con su real vitalidad, según hice en el librito antes mencionado, en el momento de su recopilación⁴.

¹ “Las entradas de origen nahua del *Diccionario* de la Academia”, *Español Actual*, 65 (1996), pp. 25-37. El estudio está hecho con base en la 21ª edición del *DRAE*, en CD-Rom, Madrid, 1995.

² No sé si ese número de 440 será absolutamente exacto, ya que, como después indicaré (cf. nota 5), no figuran en el enlistado que proporciona Esther Hernández (pp. 26-27) varias palabras de indudable origen nahua.

³ Cf. Juan M. Lope Blanch, *Léxico indígena en el español de México*. El Colegio de México, 1969. Segunda edición, aumentada, 1979.

⁴ Cuando reunimos y revisamos un total de más de 4.600.000 palabras de diversa procedencia: 2.211.000 correspondían a encuestas sobre el habla espontánea de la ciudad de México en sus diversos niveles socioculturales, grabadas en cintas magnetofónicas, y

Echo de menos en el *Diccionario* académico más de medio centenar de nahuatlismos que merecen figurar en él, con derechos mucho más legítimos que buen número de los que actualmente en aquél se recogen. Son ellos:

En primer término, una decena de palabras que todos los mexicanos conocen y usan normalmente: *chapulín*, *chihuahua*⁵, *itacate*, *ixtle* (e *ixtlero*), *matatena*, *pilmama*, *tlapalería* (y *tlapalero*) y *tocayo*. En segundo lugar, otra veintena de términos un poco menos usuales que los del grupo anterior, pero, de cualquier modo, sumamente vivos y vigorosos en el habla mexicana: *apipisca*, *huiltlacoche*, *huisache* (con sus derivados *huisachal* y *huisachera*), *malinche* (y *malinchismo* y *malinchista*), *mixiote*, *agua*, *quelite* (y *quelitismo*), *tatamar*, *tejolote*, *tencua* (*che*), *tepetate*, *tequesquite*, *tezontle*, *tlaconete*, *toloache*, *tuza* (y *tucero*) y el caso particular de *biznaga*. Un tercer grupo de nahuatlismos que merecerían ser aposentados en el *DRAE*, en sustitución, tal vez, de otros menos importantes, está integrado por la veintena siguiente: *achichinar*, *cacahuacincle*, *chilpachole*, *chuchulucó*, *huamúchil*, *huaunzontle*, *otate* (y *otatillo*), *oyamel*, *peyote*, *quesquémetl*, *quintonil*, *quiote*, *socoyote*, *teponastle*, *tinacal*, *tlacoyo*, *tololoche* y *tompiate*. En un cuarto compartimento incluyo una treintena de voces menos conocidas por el hablante medio mexicano, y algunas de ellas de aparición esporádica en el habla de la capital del país: *coconete*, *huehuenche*, *áxcate*, *ayacahuíte*, *cuescomate*, *chaquiste*, *chimal*, *juil*, *macehual*, *meclapil*, *neulte*, *nexcomil*, *tejuino*, *tepehuaje*, *tlacuil*, *zacahuistle*, *camichín*, *canán*, *chomite*, *guare*, *mecuante*, *michi*, *tayacán*, *tecotehue*, *tescal*, *tlascal*, *toto-moxtle*, *xolosóchil*, *zacamiche* y *zontle*. Por último, cabría considerar un

2.393.750 a lengua escrita de todo tipo: textos literarios, periodísticos, poéticos, científicos, familiares, etc. De ese *corpus* documental millonario, sólo 3.380 palabras (o sea, el 0.073%) eran voces amerindias comunes (aparte de los 18.554 topónimos y gentilicios indoamericanos, entre ellos *México* y *mexicano*), las cuales correspondían a 312 vocablos derivados de 237 lexemas. A estos últimos hubimos de añadir otros 50 indoamericanismos, muy usuales en el español de México, que no habían aparecido espontáneamente en el *corpus* analizado. (De ahí mi desconfianza ante los estudios estadísticos sobre el léxico hechos con base en uno o dos millones –o menos– de palabras consideradas).

⁵ Esther Hernández no registra, en su lista total de nahuatlismos, la voz *elote*, pero ésta sí figura debidamente en el *DRAE*. Esta ausencia me obligó a revisar las entradas del *Diccionario* académico de voces posiblemente nahuas y a confrontarlas con la lista de la profesora Hernández. El resultado ha sido advertir que el *DRAE* sí da entrada a los siguientes nahuatlismos que Esther Hernández (pp. 26-27) no recoge: *chapulín*, *huapango*, *chia*², *mezquite* y *mezquitil*, así como algunas voces derivadas de raíces nahuas: *chocolatería* y *chocolatero*, *chayotera*, *jicarazo*, *miuotero*, *naguallato*, *nopalera*, *ocotal* y *pulquería*.

nutrido grupo de voces *derivadas* de un lexema nahua que la Academia no consigna, aunque sí registra la palabra base, por lo general un sustantivo morfológico: *ahuizotear* (derivado de *ahuizote*, al que sí da entrada el *DRAE*), *tequescamote* (a partir de *camote*), *cocolazo*, *coyoteada* y *coyotería*, *achahuisclarse* (cf. *chahuiscle*), *enchapopotar*, *huaracheo*, *jicamero*, *jilotear*, *jiloteo* y *jilotillo* (derivados todos de *jilote*), *jiotoso*, *enjitomatar*, *mecatal*, *mezcalero* y *mezcalina*, *milpal*, *ocotero*, *ocochal* y *ocotillo*, *olotera*, *paxclal*, *petatearse* y *petateada*, *popotillo*, *pulquero* y *pulcazo*, *tepachería*, *tequilera*, *ilachiquero*, *tular* y *zacatonal*.

Nada de extraño tendrían estas últimas ausencias, si la Academia no hubiese incluido en su *Diccionario* ningún derivado de voces nahuas, por considerarlos fruto ya hispanizante del sistema de derivación normal en español. Pero es el caso que el *DRAE* sí consigna derivados —a veces de escaso empleo en México— como *ayotera*, *cocolero*, *coyolar*, *huisquilar*, *ocozoal*, *popotal*, *zopoyolito*, etc. Ello debería obligar a incluir en el *DRAE* al menos los más importantes de los derivados por mí recopilados, como sería el caso, sin duda alguna, de *enchapopotar*, *mezcalero*, *petatearse* y *petateada*, *pulcazo* o *tequilera* entre otros (cf. *infra*).

Los naturales límites de este ensayo, condicionado por la naturaleza del homenaje a que va dirigido, me impiden analizar detenidamente todos y cada una de las ausencias léxicas aquí señaladas. Sobre su etimología y procedencia pueden consultarse los diccionarios del padre Molina, en primer lugar, y los de Robelo y Santamaría⁶. Me limitaré, pues, a comentar los casos que me parecen de mayor interés o importancia.

CHAPULÍN: No lo registra E. Hernández, pero sí el *DRAE*, aunque sin mencionar su origen nahua: “*Amér.* Langosta, cigarrón”. Ni Robelo ni Santamaría proporcionan su etimología: éste solo afirma que es “voz azteca”; aquél confiesa haber perdido “el apunte en que teníamos los elementos de este vocablo”. De su procedencia nahua no cabe dudar: el padre Molina lo atestigua: “Chapulín. Langosta”, y en la parte castellano-nahua: “Langosta. chapulín. acachapulín”. El parque más extenso y famoso de la

⁶ Fray Alonso de Molina, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana* y el *Vocabulario en lengua mexicana y castellana*, México, 1571 (Ed. facsímil de Madrid, Eds. Cultura Hispánica, 1944. Cecilio A. Robelo, *Diccionario de aztequismos*, México, D. F., 3ª ed., s.f. Francisco J. Santamaría, *Diccionario de mejicanismos*, Méjico. Edl. Porrúa. 1959.

ciudad de México es el “Bosque de Chapultepec”, esto es Chapul-tépetl- (= chapulines-cerro-en: en el cerro de los chapulines)⁷.

CHIHUAHUA: Nombre del estado septentrional del país, usado en el habla familiar como interjección, cufermísticamente en lugar de *chingar* y *chinga(do)*.

ITACATE: es mexicanismo insustituible, de etimología un tanto insegura. Robelo acepta la posibilidad de que proceda de *itiitl* ‘vientre’ y la define como “provisión comestible para un viaje”, de acuerdo con lo consignado por Molina: “Itacatl. prouision, mochila, o despensa de camino o una talotaje”. En la actualidad se emplea también, festivamente, para designar la porción de alimento sobrante de una comida que algún comensal invitado se lleva a su propia casa⁸.

IXTLE: O *ixte* o *isclé*, nombre genérico de las fibras vegetales, específicamente del maguey. Muy empleado en todo México para hacer cuerdas, costales, bolsas. Como *ichtli* lo recoge Molina, pero Robelo no acierta a proponer explicación etimológica.

PILMAMA: De *pilli* ‘niño’ y *mama* ‘que carga’: “La sirvienta que carga y cuida a los niños en sus primeros años” (Robelo, 226). Voz conocida por todos los mexicanos, que alterna, desventajosamente, con *nana*, pero ventajosamente con *niñera* y *aya*.

TLAPALERÍA: A partir del *tlapalli* ‘color para pintar’. Es el único nombre empleado en México para designar a la tienda en que se venden pinturas, brochas, clavos, tornillos, alambre, mangueras, tubos, tiner y cosas semejantes. Podría decirse que es una ferretería modesta y limitada. No se usa ningún nombre castellano correspondiente. (Lo más cercano sería el español *droguería*)⁹.

TOCAYO: El *DRAE* solo define la voz (“Respecto de una persona, otra que tiene su mismo nombre”), pero nada dice de su procedencia, lo cual permite suponer que le otorga ascendencia castellana. Corominas rechaza

⁷ En náhuatl *-co* es posposición locativa: “*Tepec* significa en el cerro, en el monte (de *tepetl* y *-co*)”, de donde *Chapultepec*. (J. Ignacio Davila Garibi, *Epítome de raíces nahuas*, 2ª ed., México, Edl. Cultura, 1949, vol. I, p. 210, n.º 429).

⁸ “-¿Le ha gustado? Pues llévase su *itacate*, que ha sobrado mucho”.

⁹ Cf. Lope, *Léxico indígena*, p. 91 y n. 27-29.

su posible origen nahua y se inclina a pensar que tal vez proceda de la frase ceremonial romana “Ubi *tu Cajus*, ibi ego *Caja*”. Hace poco publiqué una nota en que me permitía presentar mis reservas, y aun objeciones, a esta tesis, por parecerme más injustificable que la del origen nahua¹⁰. Lengua ésta en que el lexema *tocay* es sumamente productivo y de ámbito semántico afín al que corresponde al español *tocayo*. El padre Molina registra, en su *Vocabulario*, diez voces en que el lexema *tocay* es la base, entre ellas “*tocayotia*. nite... nombre, o nombrar a alguno, o llamarle por su nombre”, y también “*tocamaca*... poner o dar nombre a otro”, así como “*tocayte*, nombre. fama y honra”¹¹. En el ensayo a que he hecho referencia creo presentar argumentos suficientes para dar al étimo *tocay* tanta o más justificación como origen del español *tocayo*, que al latino *tu Cajus*.

BIZNAGA: Creo que plantea un problema de homonimia. El *DRAE* parece otorgar la misma procedencia latina (*pastinaca*, a través del mozárabe *bišnaqa*) al nombre *biznaga* de la planta umbelífera europea y al de la cactácea mexicana. Pero me parece que el nombre de esta última procede del náhuatl: Huitz-nahuac, de *huiztli* ‘espina’ y *náhuac* ‘alrededor’: “Rodeado de espinas”, por la dureza y la punta aguda de los pedunculillos secos de las flores. Lo registra ya el P. Molina: “Vitztli. espina grande, o puya. nauac. par [junto a] de los arboles &c”. Cf. más precisiones y razonamientos en beneficio de esta procedencia nahua en Robelo, p. 160.

MALINCHISMO y MALINCHISTA: Derivados de *Malinche* (<Malintzin), nombre de la amante e intérprete de Hernán Cortés, a quien los españoles llamaron Doña *Marina*, castellanizando el nombre nahua, en cuya terminación figura el sufijo reverencial de esta lengua *-tzin* (> *-che*). Explica fray Alonso de Molina: “A los nombres propios, Substantiuos y Adiectiuos... se les añade algunas vezes *tzin* o *tzintli*. Y esto acacce, para denotar buena criança, cortesía, o reuerencia. Ejemplo: *veuentzi*, viejo honrado”¹². Todos

¹⁰ Cf. “*Cogote y tocayo* o los prejuicios de los etimologistas”, en *Estudios de Lingüística Aplicada* (Actas del II Congreso Nacional de Lingüística), año 12, n° 19-20 (1994), 484-493. Recogido también en mi libro sobre *El español de América y el español de México*, México, UNAM, 1999.

¹¹ Las siete restantes son: “*Tocaye*. persona que tiene nombre... *Tocayotia*. nilla. tassar... o nombrar... *Tocallalia*... empadronar, o poner nombre. *Tocayo*, firmada escritura... *Tocaycuiloa*. firmar carta, o escriptura, o escreuir su nombre. *Tocaycuiloa*, escreuir nombre de otro, o empadronar... *Tocayoa*. afamarse”.

¹² Fray Alonso de Molina, *Arte de la lengua mexicana y castellana*, México, 1571. f. 12. (Ed. facsímil de Madrid, Cultura Hispánica, 1945).

los hablantes mexicanos de español se sirven actualmente de los derivados *malinchismo* y *malinchista*, pero creo que ninguno emplearía los términos *extranjerismo* o *extranjerizante* del *DRAE* para calificar a quien admira en exceso todo lo extranjero en detrimento de lo propio¹³.

TENCUA (CHE): Figura también en esta voz el sufijo afectivo y reverencial *-tzin*, debido a las supersticiones indígenas sobre el origen divino de ciertas malconformaciones. *Tencua* es la base formada a partir de *tentli* ‘labio’ y *cualo* ‘comido’ (< *cua* ‘comer’), es decir ‘labio *comido*’ (esp. *leporino*), pues se creía que, cuando una mujer embarazada miraba a la luna durante un eclipse, al feto se le partían los labios¹⁴. De ahí que, a quien tiene labio leporino, se le llame también *clisado*, porque el *eclipse* le partió el labio. Las dos raíces nahuas están presentes en el *Vocabulario* de Molina: “Tentli. los labrios, o el borde o orilla de alguna cosa”. Y “Qva. comer algo”.

HUISACHE: Nombre genérico de una acacia de que existen muchas variedades silvestres, y que forma parte característica del paisaje mexicano, así como del sur de los Estados Unidos. Procede del nah. *hui-xachi* (< *huiztli* ‘espina’ e *izachi* ‘abundante’): “abundante o con muchas espinas” (cf. Robelo, p. 140 y Santamaría, s.v.). Siendo el nombre del arbusto autóctono, y no habiendo un correspondiente castellano, su inclusión en el *DRAE* me parece más que justificada. Asimismo, la de sus derivados *huisachal*, *huisachero* ‘tinterillo, chicanero’ y *huisachear* ‘ejercer como abogado sin título’ (cf. Santamaría). Cf. además *coyote*, líneas adelante.

MIXIOTE: Aunque no figura en el diccionario de Robelo, es voz que todos los mexicanos conocen y emplean, si bien no estrictamente con el significado preciso con que la recoge Santamaría: “Del azt. *metl*, maguey y *xiotl*, basura, viruta. m. Epidermis de la penca del maguey, en forma de hoja, membrana amplia y delgada que los aztecas usaron para su escritura”. En la actualidad, como todos los mexicanos la emplean en el sentido de guiso

¹³ Llama la atención que ni Robelo ni Santamaría den entrada, en sus respectivos diccionarios, a ninguno de esos dos términos, siendo así que son de uso general en México y de gran utilidad y precisión para designar los conceptos correspondientes. La *Malinche*, Doña Marina, se entregó en cuerpo y alma al conquistador extranjero, Hernán Cortés, en perjuicio de sus hermanos de raza.

¹⁴ Fray Bernardino de Sahagun, refiriéndose a las supersticiones de los indios, escribe: “También decían asimismo, que si la muger preñada miraba al sol o a la luna cuando se eclipsaba, la criatura que tenía en el vientre nacería divididos los bezos” (*apud*, Robelo, p. 478, n. 17).

de carne que se cuece envuelta en una hoja (lámina) de mixiote, de modo que lo que se oyen en el mexicano moderno es “*mixiote* de carnero”, “*mixiote* de conejo”, etc. Dado que la Academia acoge en su diccionario nombres de alimentos o comidas mexicanas, como *chilaquil* o *chilmole*, por ejemplo, con tanta o mayor justificación debe dar entrada a *mixiote* (con $x = \text{š}$).

MATATENA: No es palabra de la misma jerarquía que las anteriores ni apareció espontáneamente en mis encuestas de 1969, pero debe incluirse aquí por ser voz que todos los mexicanos conocen, ya que se sirvieron de ella al menos en su infancia, cuando jugaban *matatena*, o sea, lo que en España es “jugar a las tabas”. Aunque es muy probable que Alonso de Molina jugara *matatena* en su niñez, cuando en compañía de sus amigos aztecas aprendía de viva voz la lengua náhuatl, no hallo en su *Vocabulario* esa palabra por sí misma, pero sí los lexemas constituyentes: *mañtl* ‘mano’, *teñtl* ‘piedra’ y *tema* ‘echar o poner algo en alguna parte’¹⁵; en suma ‘echar o coger piedras con las manos’.

NÁHUATL: Son cuatro las palabras que registra el *DRAE* en relación con este lexema: *nahua*, *náhuatl*, *náguatl* y el derivado *naguatlato*. Sería conveniente que entronizara la forma correcta, *náhuatl*, eliminando las otras, y que transcribiera *nahuatlato* con *h* y no con *g*, de igual manera que recoge en sus páginas *huevo* y no *güevo*. *Nahua* puede permanecer como la forma adjetiva derivada del nombre *náhuatl*¹⁶.

HUAPANGO: Música, canto y baile muy populares, especialmente en el estado de Veracruz. Este es el significado con que se emplea la palabra actualmente en México, no obstante que, originariamente, haya designado a la tarima o entablado en que se celebraban tales bailes, según Robelo, con base en el *Vocabulario* de Molina: “Vepantli. viga grande desbastada y por labrar”, y *-co* ‘en’. (Cf. también Santamaría, s.v.).

PAGUA: Dado que el *DRAE* registra debidamente el nahuatlismo *aguacate*, tal vez fuera conveniente que recogiera también la voz *pagua*, denominadora de la variedad del aguacate propia, sobre todo, del norte del país, de tamaño mayor y de cáscara dura, que prácticamente todos los

¹⁵ Cf. Mauricio Swadesh y Madalena Sancho, *Los mil elementos del mexicano clásico*, México, UNAM, 1966: “tema. temi = poner, meter, llenar, hartar, recoger” (p. 65).

¹⁶ Por ejemplo: “elote es una palabra de origen nahua, o procedente de la lengua náhuatl”.

mexicanos conocen. De su origen nahua da testimonio –naturalmente– el padre Molina: “Pauatl.fruta”.

HUITLACOCHE: Aunque su forma originaria y propia es *cuitlacoche*, creo que, en la actualidad, son más los hablantes que prefieren, acaso por eufemismo pudibundo, decir *huitlacoche*: Del nah. *cuitlatl* ‘excremento’ y *cochtli* ‘dormido’: es hongo parásito del maíz, comestible, que la cocina mexicana ofrece a los comensales en forma de “crepas de *huitlacoche*, chiles rellenos de *huitlacoche*, tacos o quesadillas de *huitlacoche*”, etc.

TATEMAR: Estrictamente ‘soasar carne o fruta’, o también ‘tostar, quemar ligeramente’ cualquier cosa. De *tla* ‘algo’, *tletl* ‘fuego’ y *mati* ‘meter, poner’. De uso general en México.

TEPETATE: Muy usada en las construcciones populares. Es una clase de piedra porosa, pero dura, que se corta en bloques como elemento de construcción. De *tetl* ‘piedra’ y *petatl* ‘petate’.

TEZONTLE: Como el *tepetate*, es piedra volcánica, muy dura, aunque también porosa, que se emplea desde antiguo en la construcción de edificios. De *tetl* ‘piedra’ y tal vez *tzontli* ‘cabellos’ (cf. Robelo, p. 262).

TOLOACHE: El sufijo reverencial y afectuoso *-tzin* (/šín/), que reconocíamos en *Malinche* y *tencuache* (cf. supra), aparece también aquí unido a la raíz verbal *toloa* ‘inclinarse la cabeza’ como nombre del estramonio a que hace referencia el lexema *toloa* –y por cuyos efectos narcóticos “los indios estimaban esta planta hasta la reverencia, y por esto agregaban a su nombre la partícula *tzin*” (Robelo, p. 486). En la actualidad, se dice que una mujer “ha dado *toloache*” a un hombre (o viceversa), cuando lo tiene rendidamente enamorado, como hechizado.

TUZA: Del náh. *totzan*, atestiguado en el habla mexicana desde fray Alonso de Molina (“Tuçan o toçan. topo, animal o rata”), este peculiar roedor mexicano está pidiendo a gritos un lugar en el *DRAE*.

APIPISCA: O simplemente *pipisca*. Nombre de un ave acuática cuyo “grito o silbido es estridente” (Robelo, p. 20). Del náh. *atl* ‘agua’, *pipitzqui* ‘que chillar’. Es también “cierta yerba que al comerla rechina en los dientes” (p. 449). En la actualidad se usa más en la expresión “ojos de (a)pipisca”, por pequeños. Cf. *pipisque* o *pipisqui*: “Vulgarismo propio de los Estados del norte y noroeste, que se dice de la persona de ojos pequeños y legañosos, o escoriados” (Santamaría).

PEYOTE: El padre Molina no la recoge, pero fray Bernardino de Sahagún cita, entre otras hierbas estimulantes, al *peiotl*, y describe atinadamente sus efectos: “los que la comen o beben ven visiones espantosas o irrisibles; dura esta borrachera dos o tres días y después se quita” (Robelo, p. 456, n. 9). Bien conocido ha sido el peyote últimamente, y no sólo en México, sino también allende sus fronteras... Si el *DRAE* registra voces como *chilote* o *tecol*, con muchísima más razón habría de recoger *peyote*.

QUELITE: Por igual motivo que en el caso anterior, debería registrar este nombre genérico de diversas plantas herbáceas comestibles, recogido ya por fray Alonso: “*Quilitl*, verdura, o yeruas comestibles”. Este nombre forma parte de otros muchos denominadores de hierbas, arbustos y plantas muy diversas: *huisquelite*, *omequelite*, *papaloquelite*, etc. (Robelo, p. 234). Uno de ellos, que también debería figurar en el *DRAE*, es:

QUINTONIL: O sea, *quil - tonilli*, compuesto de *quilitl* (quelite) y *tonilli* ‘calentado’. El padre Sahagún da también noticia del *quiltonilli*, entre las hierbas que se comen cocidas. De su semilla se hacen, además, los panes dulces llamados *alegrías* (Robelo, p. 235. Es el *amaranthus paniculatus*: Santamaría).

QUIOTE: Nombre propio del tallo floral del maguey, también comestible, pero conocido y reconocido por su gallarda elevación de hasta cinco metros. Registrado desde el siglo XVI: “*Quiyote*. tallo de yerua o de verdura, etc.”. Cf. *supra quelite*. Luego, *quiotte* podría ser compuesto de *quiltli* y de “*otlatl*. caña maciça y rezia”, según Molina. Mas no porfiaría en ello, dado mi escasísimo conocimiento de la lengua náhuatl.

TEJOLOTE: No hay cocinera mexicana que no conozca —y emplee aún— el *tejolote*, o sea la *mano* o mazo de piedra con que se machacan alimentos en el molcajete (nahuatlismo éste que sí recoge el *DRAE*). Hágalo así también con el *tejolote*, y habrá reunido dos instrumentos culinarios inseparables. Procede de *tetl* ‘piedra’ (cf. *supra matatena*) y *xólotl* ‘muñeco’(?).

TEQUESQUITE: Del náh. *tetl* ‘piedra’ y *quixçuitl* ‘brotante’. Son eflorescencias salinas formadas de sexquicarbonato de soda y cloruro de sodio, muy abundantes en toda la altiplanicie central de México, en los lechos de los lagos desecados. Sigue siendo muy empleado en la industria y en la cocina mexicana, así como en cuanto sustituto del bicarbonato.

TLACONETE: Nombre común y general en México de una especie de babosa, que abunda en jardines y lugares húmedos. Se compone de *tlalli* ‘tierra’ y *cónetl* ‘hijo’. Pienso Robelo (p. 495) que se le ha dado ese nombre

porque “los indios lo compararan con el niño que anda a gatas, sobre el suelo, y babeando o moqueando”. Es voz bien conocida por los hablantes mexicanos y digna de figurar en el *DRAE* con más justas razones que otros vocablos mexicanos que en él se registran actualmente.

Convendría, me parece, estudiar la posibilidad de que la Real Academia hiciera entrada en su *Diccionario* —como líneas antes he sugerido— a varias palabras derivadas de voces primarias que sí figuran ya en el *DRAE*, y a ciertas acepciones tan válidas o aún más usuales de las que recoge el *Diccionario*. Me limitaré ahora a indicar cuáles son esos derivados de uso general en el español mexicano¹⁷:

Enchapopotar, formado sobre *chapopote*, que el *DRAE* registra y define con relativa precisión, aunque remitiendo como preferible a la forma *chapopote*, a la que juzga de origen antillano. Pero, es el caso que *chapopote* procede del náh. *tzauctli* [con *tz* = *ê*] ‘pegamento’ y *popochtli* ‘perfume’ (Molina y Santamaría), de manera que la variante deformada es la antillana, no la mexicana.

Es digna de reconocimiento la actitud asumida por la Real Academia durante la década de los años ochenta, en cuanto a la aceptación de americanismos y, concretamente, de nahuatlismos. Un caso concreto, que menciono como ejemplo sintomático, puede ser el de *coyote*. Hasta la vigésima edición del *DRAE*, de 1984, la única acepción con que se registraba este nahuatlismo era la primaria de “Especie de lobo que se cría en Méjico y otros países de América”, y el único derivado que se recogía era *coyotero, ra*. En cambio, en la siguiente edición, de 1992, se ha dado entrada, justa y atinadamente, a la otra acepción, muy usual en México, de *coyote*: “2. fig. Méj. Persona que se encarga oficiosamente de hacer trámites de otros mediante una remuneración”. Y ha incluido también los derivados *coyotear* (“Actuar como coyote, tramitador oficioso”) y *coyotaje*, además de *coyotera, ro*. Solo faltarían, pues, otros dos derivados, de menos empleo, *coyoteada* y *coyotería*. Esta fuerte vitalidad del término *coyote*, así como mi propia experiencia de hablante-oyente, me permite afirmar que hoy en día es él mucho más empleado que *huisachero* (cf. *supra*).

¹⁷ El significado propio de cada uno de ellos queda explicado en el *Diccionario* de Santamaría.

De semejante manera, el adjetivo *mitotero* había sido definido en la edición de 1984 como “melindroso” o como “bullanguero, amigo de diversiones”. Ahora, en la edición de 1992, se añade una tercera acepción, más acorde con el actual uso mexicano: “Que hace mitotes, pendencias”, es decir, como sinónimo de *pendenciero*, *rijoso*, *peleonero*.

Recúne adecuadamente el *DRAE* diversas acepciones de *petate*, pero ignora sus derivados, dos de los cuales, al menos, son de uso general en México: *petatearse* ‘morir’ (cf. “liar el petate” = ‘irse ... al otro mundo, morir’) y *petateada* –más usual que *petateo*– ‘el acto de morirse’, aparte de otros derivados secundarios (*petatero* y *petatera*).

Pulque y *pulquería* sí figuran en el *DRAE*, pero convendría incluir algunos otros derivados vivos en el habla mexicana, como *pulcazo* y *pulquero*, y acaso también *pulqueo* y *pulqueadero*.

El mexicanismo *tequila* podría, y aun debería, ir acompañado de algunos de sus derivados: *tequilería*, *tequilazo* y tal vez *tequilear*.

Me limitaré, para terminar, a enumerar algunos otros derivados –adjetivos, verbales y aun sustantivos– que en mi opinión, dada su alta vitalidad en el español mexicano, merecen un lugar en el *DRAE*: *cocolazo* (de *cocol*), *huaracheo*, *jicamero*, *jilotear* y *jiloteo* (de *jilote*), *jiotoso*, *enjitomatar*, *mezcalero* y *mezcalina* (de *mezcal*), *milpal*, *ocotero*, *olotera*, *popotillo*, *tlachiquero* y *tular* (de *tule*).

Con más detenimiento y espacio habría que considerar qué otros nahuatlismos deberían ser acogidos en el *DRAE*, con muchos más merecimientos que algunos –no pocos– de los que en él han encontrado ya cabida. Cosa de la que habré de ocuparme en alguna otra ocasión. Por el momento, terminaré insinuando la posibilidad de que las voces detectadas a lo largo de las encuestas a que hice referencia al comienzo de estas páginas, y que fueron recogidas en el libro correspondiente como términos de conocimiento y uso por parte de todos o de un sector muy considerable de los mexicanos¹⁸, alcancen algún día acomodo en las páginas del *DRAE*, diccionario que ha sido ya notable y adecuadamente enriquecido de americanismos en su vigésimoprimer edición, de 1992.

¹⁸ Como, por ejemplo, *achichinar*, *quesquémetl*, *socoyote*, *cacahuacincle*, *chilpachote*, *chuchulucio*, *otate*, *ovamel*, *tololoché* y *tompate* entre otras.